

COLECCIÓN | NÚMERO 7

SANJUANISTA



El «triunfo en la Misa»
de san Juan de la Cruz

JUAN MANUEL DEL CORAZÓN DE JESÚS ROSSI, IVE

**El «triunfo en la Misa»
de san Juan de la Cruz**

7 / Colección «sanjuanista»

Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi

El «triunfo en la Misa» de san Juan de la Cruz

*En el 450º aniversario de su primera
celebración en Medina del Campo*



La Marsa

2020

1ª edición digital:

Octubre 2020

Monastère «Bx. Charles de Foucauld»

Villa Lavigerie – B.P. 6 – 2070

LA MARSA – TUNIS

moinesive@ive.org

«Ese hambre que se levanta algunas veces
en nuestro corazón de sentir, de saborear,
de gustar algo de Dios, la podemos
satisfacer siempre que nos parezca con
meternos en el desierto, ya que, a la corta o
a la larga, en el desierto se encuentra Dios.
San Juan de la Cruz es una prueba: pasó
por un desierto, me parece que bastante
abrasado –lean sus obras y lo podrán ver–;
pero *se metió del todo, y Dios se le dio
también del todo*».

– P. ALFONSO TORRES, S. I.

Animar a los futuros sacerdotes «a reconstruir la historia personal de su relación con Nuestro Señor Sacramentado»¹. Con este objeto decía el p. Buela haber él reconstruido su propia historia eucarística. Lo hizo para un grupo de seminaristas a los que predicaba retiro. Y detalla los motivos que le movieron:

«...es muy importante reconstruir esta historia: es la historia de la gracia de Dios en nuestra alma. Es una historia a la que hay que volver porque es la historia de lo que nos caracteriza: los sacerdotes hemos de ser siempre ministros de la Eucaristía; y la misma vida de todo consagrado gira en torno a la Eucaristía, fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia. Para mí ha sido un regalo muy grande de Dios poder trabajar estos últimos 16 años en la formación de sacerdotes que ya celebran la Misa en los cinco continentes, cosa de la cual no dejo de estar sumamente agradecido a Dios, porque no me cabe la menor duda de que ha sido Él quien ha querido que trabajase en la formación de futuros ministros de la Eucaristía. Desde hace años la Eucaristía y la Misa ha sido el objeto preferido de mis estudios, y puedo asegurarles que vivo asombrado de las maravillas que obra a diario Dios en la Santa Misa, que es

¹ BUELA, CARLOS M., I.V.E., *Fátima ¡...y el sol bailó!*, IVE Press, Nueva York 2012, 363.

“*un misterio tremendo*”, como decía san Pío de Pietrelcina»².

Ya el Concilio Tridentino, recogiendo toda la tradición patristica, había llamado a la Eucaristía «sacramento tremendo y santísimo»³. Tremendo, sí, o *terrible*, «que suscita la santidad (que aleja, separa, e indica la *inaccesibilidad*)»; pero a un tiempo *fascinante*, «o sea, lo sumamente atractivo, lo que atrae irresistiblemente»⁴... *Mysterium tremendum et fascinans*. Misterio que crea misterio, que atrae y se impone. Misterio para el que se nos dota a los sacerdotes de «poderes tremendos sobre el Cuerpo de Cristo: sobre su Cuerpo físico [...]; sobre su Cuerpo místico», que nos convierten en un misterio para nosotros mismos⁵.

Nuestra historia eucarística no puede ser, de hecho, más que una correlación, creciente y viva, en la que se entretajan el temor y la fascinación que nos causa el Señor Sacramentado. Es eso lo que debemos reconstruir y acrecentar. Y es también lo que puede admirarse en las historias euca-

² *Íd.*, 364. El texto parece escrito en el año 2000. De hecho se encuentra, con ligerísima modificación, ya en la primera edición de esta obra sobre Fátima (Ed. del Verbo Encarnado, San Rafael 2000, 177).

³ Sesión XXI, del 16 de julio de 1562, Proœmium: «...cum de tremendo et sanctissimo Eucharistiæ sacramento...» (DENZINGER, H.-SCHÖNMETZER, A. [luego DS], *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, § 1725; Herder, Barcelona 1967, 405). Para la tradición patristica de la expresión, cf. BUELA, CARLOS M., I.V.E., *Sacerdotes para siempre*, IVE Press, Nueva York 2011, 705-716: «*Mysterium tremendum et fascinans*».

⁴ BUELA, C., *Sacerdotes para siempre*, 705.

⁵ *Íd.*, 88. La expresión «poderes tremendos» para indicar los de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo y absolver los pecados de los hombres, la trae el padre también en 162 y 622.

rísticas de los santos, que han de servirnos a este fin de hacer vivir y agradecer la nuestra propia.

No con otra motivación presento estas pocas páginas sobre la devoción eucarística de san Juan de la Cruz, y especialmente del Juan de la Cruz-ministro ordenado; sirviéndome como disparador una sencilla efeméride que se recuerda en los días en que esto escribo: el 450º aniversario de la celebración de su Primera Misa en el que fuera solar de su niñez y juventud, Medina del Campo, en el Reino de Castilla*. Y traigo, a manera de pórtico y de programa, para reconocer en pluma ajena las ideas que quiero destacar, un precioso texto de santa Teresa Benedicta de la Cruz, que describe la trayectoria devocional eucarística del santo carmelita con trazo y sensibilidad magistrales:

«Morir con Cristo para resucitar con él. Esto se hace realidad para todo creyente y especialmente para el sacerdote, en el santo sacrificio de la Misa. Según la doctrina de la fe se trata de la renovación del sacrificio de la cruz. Quien lo ofrece o participa con fe viva, *para él y en él sucede lo mismo* que aconteció en el Gólgota. Juan siendo niño ayudaba en la santa Misa, sin duda, también en la Orden antes de su ordenación sacerdotal. Sabemos por los relatos de su vida, que la simple contemplación del crucifijo podía ponerle en éxtasis. ¡Cómo hubo de atraerle esta real ofrenda, participando como monaguillo y, más tarde, cuando él mismo la ofrecía! Estamos informados sobre su Primera Misa. La celebró en el Convento de

* N. de ed.: este escrito fue originalmente preparado para el 21 de septiembre de 2017.

Santa Ana en Medina del Campo en septiembre de 1567, quizás en la octava de la fiesta de la Natividad de María, en presencia de su madre, su hermano mayor Francisco y la familia de éste. El *santo temor* le hubiera retraído de la dignidad sacerdotal, y sólo la obediencia a las indicaciones de sus superiores le hizo superar sus dudas. Entonces, al comienzo de la sagrada celebración, *el pensamiento de su indignidad se hizo especialmente vivo*. Despertó en él el ardiente deseo de ser *totalmente puro*, para *entrar en contacto con el Santísimo con manos limpias*. Así surgió de su corazón la petición de que el Señor le protegiera para que nunca le ofendiera mortalmente. Quería sentir el dolor del arrepentimiento por cada error en que pudiera caer sin la ayuda de Dios, pero sin cometer la culpa. En la consagración oyó las palabras: “Yo te concedo cuanto me pides”. Desde entonces *fue confirmado en gracia* y tuvo la pureza de corazón de un niño de dos años. Estar limpio de pecado y sentir el dolor – ¿no es esto el auténtico ser-uno con el Cordero sin mancha, que cargó sobre sí el pecado del mundo, no es el Getsemaní y el Gólgota?

Seguramente, *la sensibilidad por la grandeza del santo sacrificio nunca disminuyó en Juan*. Sabemos que en Baeza entró en arrobamiento ante el altar, sin concluir la Misa. Uno de los presentes exclamó que tendrían que venir los ángeles para concluir la santa Misa, ya que este santo Padre no se acordaba de que no la había concluido. En Caravaca se le vio, durante la santa Misa, resplandeciente de rayos que salían de la sagrada hostia. Él mismo, en una comunicación confidencial, aseguró que a veces, durante varios días, tuvo que renunciar al Sagrado Sacrificio, porque su naturaleza era demasiado débil para soportar la

abundancia del consuelo divino. Especialmente, celebraba gustoso la Misa de la Santísima Trinidad. Existe, de hecho, la más íntima conexión entre este altísimo misterio y el del Santo Sacrificio, instituido por decisión de las tres personas divinas, que se realiza en su honor y nos abre la puerta de su desbordante vida eterna. No podemos imaginar la cantidad de iluminaciones que le fueron participadas al Santo en el altar en el transcurso de su vida sacerdotal. De todas formas, *el crecimiento en la ciencia de la cruz, la misteriosa y progresiva transformación en el Crucificado aconteció, principalmente en el servicio del altar*⁶.

⁶ STEIN, EDITH, *Ciencia de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2011⁵, 63-64.

I

LA PRIMERA MISA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

No hay manera de comprobar la fecha exacta en que el joven Juan de Santo Matías recibió la ordenación sacerdotal. Sabemos de cierto el año: 1567⁷. Sobre el día concreto callan los viejos biógrafos y especulan poco los nuevos: Crisógono, por ejemplo, se restringe a aseverar que lo «ignoramos»⁸, mientras el p. Eulogio Pachó apenas aventura el mes de julio, «a principios del verano»⁹; en cambio proponen el 19 de septiembre José Vicente Rodríguez¹⁰ —aunque luego reproduce la cronología de Pachó— y los autores de *Tiempo y vida de san Juan de la Cruz*, Efrén-Steggink:

«Aunque nadie ha tomado nota del día de la ordenación de Fr. Juan, puesto que las Ordenaciones se celebraban puntualmente en las Témporas de septiembre, que

⁷ Unánimemente postulado desde los más tempranos biógrafos; así, por ejemplo, el p. Jerónimo: «Corría ya el año de 1567 cuando el Venerable fray Juan había cumplido los tres del Curso de Teología, a los 25 de su edad, y era tiempo ya que se ordenase de Misa» (JERÓNIMO DE SAN JOSÉ, *Historia del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz, primer descalzo carmelita*, por Diego Díaz de la Carrera, Madrid 1641, 51 [I, 7, 1]).

⁸ CRISÓGONO DE JESÚS, «Vida de San Juan de la Cruz» en AA. VV., *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1955, 88.

⁹ PACHO, EULOGIO, «Introducción general» en *San Juan de la Cruz. Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2007-2ª reimpr., 7. En adelante, cuando cito textos del santo, los tomo siempre de esta edición.

¹⁰ RODRÍGUEZ, JOSÉ V., *San Juan de la Cruz. La biografía*, San Pablo, Madrid 2015², 165.

caían en la tercera semana, hubo de ser el viernes, día 19»¹¹.

Las normas establecidas en la sesión XXIII del Concilio de Trento, habida solo cuatro años antes de la ordenación del santo¹², les permiten a estos autores reconstruir verosímilmente otros detalles de su celebración, además de la fecha¹³. La vieja Catedral románica de Salamanca, donde residía como estudiante del Convento de San Andrés de los carmelitas, «era el marco más a propósito para las ordenaciones masivas que se celebraban cada año por las Témporas de septiembre»¹⁴. El prelado Pedro González de Mendoza, «obispo allí, en Salamanca» y hombre cercano al rey Felipe II, fue quien le transmitiera en aquellos sitio y hora los «poderes tremendos» de absolver y consagrar¹⁵.

¹¹ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS-STEGGINK, OTGER, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1992, 205.

¹² Sesión XXIII, del 15 de julio de 1563: «Doctrina de sacramento ordinis» (cf. DS § 1763-1778; 412-415). De esa misma sesión se emanó un «Decretum de reformatione», con 18 capítulos, en el que se dan recomendaciones para la reforma del clero, incluyendo los modos y tiempos de las ordenaciones a las Órdenes sacras (cf. LÓPEZ DE AYALA, IGNACIO [trad.], *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, con el texto latino corregido según la edición auténtica de Roma publicada en 1564, Imprenta de D. Ramón Martín Indar, Barcelona 1847, 249-273).

¹³ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 203-205.

¹⁴ *Íd.*, 205; «Ordinationes sacrorum ordinum, statutis a iure temporibus, ac in cathedrali ecclesia, vocatis, præsentibusque ad id e-cclesiæ canonicis, publice celebrentur» («Decretum...», cap. 8; 257-258). La nueva Catedral salmantina, si bien estaba ya entonces abierta al culto, no había sido todavía completada ni consagrada, por lo cual los autores se inclinan a ubicar la ceremonia en la Catedral antigua.

¹⁵ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 204; «Episcopi per semetipsos ordines conferant» («Decretum...», cap. 3; 255). Pedro González de Mendoza, respecto de las nuevas directivas disciplinares «se mostraba particular-

Aceptada la fecha del 19 de septiembre, los diversos autores que la reconocen se ven precisados de postular un inmediato desplazamiento del santo hacia Medina del Campo. «Enseguida, sin más, salió para Medina para cantar allí su Primera Misa» –dice el p. Rodríguez¹⁶; y Efrén-Steggink: «Con todas las fechas programadas, pudieron fijar la celebración de la Primera Misa para el domingo, día 21 de septiembre de aquel año, 1567»¹⁷. Quienes adelantan la ordenación, distancian, por el contrario el viaje a Medina¹⁸, de manera que no hay autor que lo sitúe fuera del tiempo que va desde mediados de agosto a mediados de octubre. Y es que hay algunos elementos determinantes para fijar estos límites, el principal de los cuales es la llegada de santa Teresa a Medina del Campo para la segunda fundación de la reforma de monjas descalzas el día 14 de agosto; es ella quien relata como «poco después acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fue con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida

mente sumiso, por haber asistido al Concilio y haber escrito unas memorias sobre el mismo» (EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 202). El dato de haber sido éste el ministro de la ordenación sacerdotal de Juan de la Cruz está debidamente atestiguado en ALONSO DE LA MADRE DE DIOS, *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fray Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1989, 59 (la edición es moderna, del P. Fortunato Antolín, pero el texto es de 1625; su autor era entonces el postulador de la Causa de canonización del santo, a quien conoció personalmente en Segovia).

¹⁶ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 165.

¹⁷ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 206.

¹⁸ Así, por ejemplo, E. Pacheco («Introducción...», 7) y el p. Tomás Álvarez (ÁLVAREZ, T., «La Madre Teresa habla de fray Juan de la Cruz» en *Estudios teresianos*, I, Monte Carmelo, Burgos 1995, 342).

que este padre hacía. Llámase Fray Juan de la Cruz»¹⁹. Teresa de Jesús, que permaneció en la ciudad junto a la nueva comunidad hasta entrado octubre, duplicaba, por entonces, en edad a Juan de la Cruz, y en aquel encuentro lo ganó para su reforma, como primero de los descalzos²⁰. Hay que señalar, como dato complementario, que Juan no pudo permanecer en Medina mucho tiempo más, puesto que «los cursos de la universidad empezaban a mediados de octubre»²¹, en concreto el 18, para la fiesta de san Lucas, y él ya estaba matriculado, para su último año de estudios, como «presbítero teólogo»²².

Creo que teniendo en cuenta estas referencias se puede aceptar, sin grima, la fecha propuesta por Efrén-Steggink, que la detallan ofreciendo incluso un interesante plan de viaje:

«Quince leguas de camino andadero [72,4 kms.] separaban a Medina de Salamanca. Sebastián de la Con-

¹⁹ *Libro de las fundaciones*, 3, 17. En SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 528.

²⁰ Todos los biógrafos del santo destacan este encuentro con santa Teresa, «providencial e histórico de gran trascendencia en la vida de ambos personajes y para el bien del mundo y de la Iglesia» (RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 165). La propia santa lo relata al vivo y sirve de fuente primordial de las narraciones: «Yo alabé a Nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho y supe de él como se quería también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma Orden y cuanto más serviría al Señor. El me dio la palabra de hacerlo con que no se tardase mucho» (S. TERESA, *Obras completas*, 528).

²¹ RUIZ, FEDERICO (dir.)-AA. VV., *Dios habla en la noche. Vida palabra ambiente de san Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 1990, 84.

²² Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 218. Una imagen de esta matrícula puede verse en *Dios habla en la noche*, 77.

cepción marcó en su cartapacio el siguiente itinerario: Morisco, las Ventas de Velasco, Pitiegua, Pedroso, Molllorido, Fresno de los Ajos, El Carpio, la Venta del Campo, La Golosa y Medina del Campo [*Itinerario de algunos caminos más usados*, f. 6-7].

Era para los buenos andadores una jornada de camino llano y con tiempo apacible. Fr. Juan emprendió el camino en compañía de su colega Fr. Pedro de Orozco, también recién ordenado. Pudieron salir el mismo día 19 por la tarde, caminar toda la noche y llegar a Medina hacia el mediodía del día 20. [...]

Habiéndose ordenado en las Témporas de septiembre, “días de penitencia para alcanzar la madurez de los frutos e implorar la gracia del Espíritu Santo en los Órdenes de los clérigos que se dan por estos tiempos” [*Dicc. de autoridades*, «Témpora»], puesto que en Medina ya lo esperaban, pudo celebrarse la Primera Misa el domingo, día 21, en la iglesia de Sta. Ana, donde había tomado el hábito, había prometido seguir la primera Regla y ahora lo confirmaba todo con la Primera Misa solemne²³.

Antes de entrar en el punto neurálgico, que es la situación espiritual en la que Juan vivió aquellos acontecimientos santos, quiero dejar indicados algunos aspectos históricos más, que podemos entresacar de las austeras narraciones de la época, las cuales –como dicen los autores de *Dios habla en*

²³ *Íd.*, 206-207.

la noche— «no daban entonces el relieve cronístico y fotográfico que damos hoy a estas celebraciones religiosas»²⁴.

Tomo de una de las primeras vidas del santo, en la que podemos espigar con mucho fruto. Allí cuenta su autor que «habiéndose ordenado, le trajo la obediencia al Convento de Santa Ana de Medina del Campo (cuyo hijo era) para que allí cantase la Primera Misa, y diese con esto consuelo a su madre, y a los que en aquella villa le amaban y estimaban»²⁵.

Encuentro para resaltar, en primer término, el templo utilizado para la celebración, que fue, naturalmente, el del Convento de los carmelitas, llamado de Santa Ana, fundado en 1560 por el p. Diego Rengifo, antiguo confesor del emperador Carlos V²⁶. Este era el lugar de la vocación religiosa de Juan (1563) y de su profesión (1564), ligadas todavía a esa comunidad («cuyo hijo era»), y allí traía ahora sus nuevos poderes, y sus ocultas tribulaciones, su tremor y su fascinación por el misterio en él obrado y por el que él habría de obrar. En aquel convento había aprendido el primer ideal carmelitano, en el *Speculum ordinis* y la *Institución de los primeros monjes*²⁷, cuyas austeridades —que aspiraba a apurar

²⁴ Así en pág. 84. Pese a lo cual, es exagerado lo que afirma Crisógono («Vida...», 88): «Documentalmente no conocemos más que el hecho de que cantó la primera Misa».

²⁵ JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 52-53 (I, 7, 2).

²⁶ Cf. *Dios habla en la noche*, 51. «Hoy existe una capilla, próxima a la iglesia del convento derruido de Santa Ana, de Medina del Campo, donde se dice cantó el santo su Primera Misa. La capilla fue edificada en 1909 por el padre Miguel de la Sagrada Familia» (CRISÓGONO, «Vida...», 88-89).

²⁷ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 123-126. El autor del *Speculum* y de la *Institutio* fue, según la crítica, el catalán Felipe Ribot, muerto en 1391. El texto de que disponían san Juan de la Cruz y sus contemporáneos era una codificación hecha en Venecia en 1507, en base a los varios manuscritos de

hasta la hez— podía vivir ya en Salamanca sin mitigación, por un permiso especial de sus superiores²⁸. Era, por eso, un altar, aquel, que se ligaba tanto a su vida sacerdotal como a su vocación de carmelita contemplativo, ambas fundidas en su alma y concebidas por el santo como una única voluntad de Dios para él: «ahora lo confirmaba todo con la Primera Misa solemne»²⁹.

Un segundo elemento a destacar, de menos relevancia histórica quizás, pero que señalo porque se hace presente en todos los acontecimientos importantes de la vida del santo, y especialmente en los que rodean a su ordenación, es el de la *moción de la obediencia*. No lo duda Jerónimo: «le trajo la obediencia»³⁰; y no es el único: Alonso afirma que «ordenáronle los superiores» que emprendiese el viaje³¹, y Edith Stein: «El santo temor le hubiera retraído de la dignidad sa-

este autor. Del *Speculum* ha dicho el beato Tito Brandsma (*Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, París 1932, «Carmes»): «Jamás Orden religiosa ha tenido un libro que, como éste, ofrezca a sus súbditos una norma y un fin de vida tan explícito, anunciando formalmente la vocación a la vida mística». Cf. también *Dios habla en la noche*, 52.

²⁸ «...le dieron licencia para que ajustado a la exterior vivienda de la Comunidad, siguiese y ejercitase en lo demás las observancias primitivas [...] Con esta licencia comenzó fray Juan a entablar y disponer su vida en tal forma, que, siendo en el hábito y ejercicios regulares de comunidad igual y semejante a todos, era en la perfección y rigor de ellos singularísimo y parecido a ninguno [...] Donde principalmente puso la mira y el cuidado fue en aquel capítulo de Regla en que se manda orar día y noche recogidos en la celda, y lo asentó en lo íntimo de su corazón, donde echó desde entonces tan hondas raíces, que vino a producir soberanos frutos de altísima contemplación» (JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 35-36 [I, 5, 5-6]).

²⁹ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 207.

³⁰ *Historia del Venerable Padre...*, 52 (I, 7, 2).

³¹ *Vida, virtudes y milagros...*, 60.

cerdotal, y sólo la obediencia [...] le hizo superar sus dudas»³². Sobre esto vuelvo en el próximo punto.

Una tercera y última circunstancia, que nadie pasa por alto: la presencia de sus familiares, y de su madre entre ellos; y de su amigos y conocidos, y hermanos en religión. «Los contornos exteriores de aquel suceso son fáciles de imaginar, una Primera Misa en aquellas circunstancias: los frailes de Sta. Ana, presididos por el p. Antonio Heredia, muy rumbo él, darían la máxima resonancia; el calor de sus íntimos, desde la madre hasta los sobrinos, abrigaba su corazón con el amor de una familia preciosa»³³. Dice Alonso sobre Catalina Álvarez, la virtuosa madre del santo, aquella que desde niño le había enseñado a mirar al Crucifijo y a la Dolorosa en Fontiveros³⁴, «que no cabía en su corazón el contento que recibió con la vista de un tal hijo, y más viéndole ya sacerdote»³⁵; y era ese el objeto manifiesto de sus superiores: que «diese con esto consuelo a su madre», a esa madre que era también su maestra primera en la escuela de la cruz y del misterio, y que se enorgullecía de su hijo mucho más que si le diesen a ella todos los honores. Su hermano Francisco de Yepes y su esposa Ana Izquierdo, ambos devotos cristianos, con todos sus hijos, sobrinos del santo, componían, a su lado, seguramente, las filas del pueblo fiel; también es de suponer la presencia de su viejo benefactor, D. Alonso Álvarez de Toledo; de su compañero de ordenación, Pedro de Orozco, el que lo presentó a santa Teresa; de sus

³² STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 63-64.

³³ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 207.

³⁴ Cf. STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 53.

³⁵ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 60.

amigos de juventud, Pedro Fernández Bustillo y Juan López Osorio, el cual en su declaración sobre el santo no pasa por alto el suceso de esta Misa³⁶; quizás alguna hermana del Convento de la Magdalena y algún padre jesuita, responsables de su formación infantil y juvenil; y hasta cabe pensar en compañeros y beneficiarios de su actividad incansable como enfermero en el Hospital «de las bubas». El santo era muy conocido en Medina y no es mucho imaginar esta celebración como un importante suceso social³⁷. Nada se dice de la presencia de santa Teresa, por entonces en la ciudad, y ella tampoco deja entrever su participación al narrar aquellas jornadas.

Fuera del relato de Jerónimo, un rasgo más aparece: «El joven sacerdote lleva y reparte *alegría*. Su alma está inundada de ella en este día»³⁸. Es el gozo más cierto, el que nace de los brazos de la cruz y se renueva con los bríos del Calvario en cada celebración eucarística. Es el gozo de subir desde el desierto al encuentro con Dios. Un gozo que nació en el pecho y quemó las manos del recién ungido sacerdote, tras las estaciones tenebrosas de una durísima prueba, que el santo quiso guardar siempre para él, pero que Dios dispuso publicar para Su Gloria. Es, en realidad, el gozo profundo y sobrenatural que supera a toda alegría contable y externa, por santa que ésta sea; porque es efecto del darse del todo y del recibir a Dios «también del todo»³⁹, y esto no se compa-

³⁶ Cf. CRISÓGONO, «Vida...», 88.

³⁷ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 206.

³⁸ P. MARÍA-EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Juan de la Cruz. Presencia de luz*, EDE, Madrid 2003, 70. Trad. de Juan Montero.

³⁹ *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I.*, t. VII: «Ejercicios espirituales III: los valores de la vida contemplativa», BAC, Madrid 1971, 48.

ra. El propio Juan de la Cruz se encargó de cantarlo años después, en el comentario a las *Canciones entre el alma y el Esposo*, o *Cántico espiritual*, que algún autor llama «la biografía críptica»⁴⁰ del santo, por el valor experimental que tiene. Es difícil creer que mientras escribía esto no le viniesen al pecho los rayos de aquel 21 de septiembre de 1567:

«Comunícase Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare. Porque aún llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma —¡oh cosa maravillosa y *digna de todo pavor y admiración!*—, que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si Él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si Él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: ¡tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!»⁴¹.

Lamentan algunos biógrafos que las crónicas no «transmitan detalles referentes al encuentro con sus familiares y conocidos, o al desarrollo de la celebración y de la fiesta»⁴², que bien nos permitirían salar aún más el relato de los hechos de aquel día de gracia para Juan de la Cruz y los suyos. Hay que comprender que ese silencio respeta lo esencial, y calla ante el alma de la historia que es la historia de las almas. Es un silencio que más se aproxima al pudor que al ol-

⁴⁰ EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 209.

⁴¹ *Cántico espiritual* — segunda redacción (CB), canción 27, 1°. [*Obras*, 866].

⁴² *Dios habla en la noche*, 84.

vido. Y que nos recuerda aquello de san Juan Pablo II de que, «en el orden del espíritu, el silencio es el estado en que nacen los valores más preciosos»⁴³.

⁴³ *Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en Praga*, 21 de abril de 1990, 2. Cit. en BUELA, CARLOS M., I.V.E., *Juan Pablo Magno*, IVE Press, Nueva York 2011, 306.

II

LA CONFIRMACIÓN EN GRACIA

La indagación y concurrencia de los pormenores históricos no nos tiene que hacer perder de vista que la esencia del acontecimiento que relatamos transcurría en el fuero íntimo del santo, en el centro de su alma novelmente sacerdotal.

Sabía él que «*las cosas santas de suyo humillan*»⁴⁴ a los espíritus que se asoman en su inmensidad. Con justicia consideraba «digna de pavor» la dignidad que le había sido conferida, y ya oímos decir a santa Teresa Benedicta de la Cruz cómo el temor sacro «le hubiera retraído» de aceptarla, si no hubiese mediado la obediencia⁴⁵. Por eso cuando se dispuso

⁴⁴ *Noche oscura*, l. I, c. 2, 1 (1N2, 1) [*Obras*, 543].

⁴⁵ Cf. STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 63-64. Esta afirmación de la santa encuentra extenso aval en JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 51-52 (I, 7, 1): «Corría ya el año de 1567 cuando el Venerable fray Juan había cumplido los tres del Curso de Teología, a los 25 de su edad, y era tiempo ya que se ordenase sacerdote de Misa. Rehusábalo mucho el siervo de Dios reconociendo su insuficiencia para tan alto ministerio, y deseando más aquella dignidad para señora, que para esposa, si bien las grandes ansias que tenía de abrazarse con Cristo, su bien y su tesoro, y la hambre de hartarse de aquel Divino Pan de su Sagrado Cuerpo, le convidaban a que admitiese el Sacerdocio, en cuyo ordinario ministerio le había de abrazar, y recibir forzosamente cada día. Consideraba la grande reverencia con que muchos de los santos se abstuvieron de tratar cosa tan alta [...]. Ponderaba las razones y motivos que aquellos santos para esto tendrían, conociendo que el más encumbrado y encendido Serafín no era como debía, proporcionado para tan alto y santo ministerio, adonde el Sacerdote ejercita una potestad tan semejante a la de Dios, que aun el mismo Dios sujeto a la voz de su Ministro, prontísima e indefectiblemente le obedece, aunque más propiamente se obedece a sí mismo, en cuya

a celebrar volcó en su preparación toda la consciencia que tenía de lo hondo del misterio: «Para este acto se aparejó el devoto Misacantano con largas vigili-as de oración, con fervientes deseos, con profunda humildad, con fe muy viva, y un muy encendido amor de Dios»⁴⁶. Los pasos con que cubrió aquel camino castellano que une a Salamanca con Medina iban alados por estos sentimientos.

Aunque poco conocida, es esta una de las más crucificadas oscuridades por las que tuvo que pasar ese tan diáfano espíritu que fue Juan de la Cruz. Creo que se encuentra aquí el meollo de lo que él luego daría a conocer con el nombre de «noche del espíritu». Esta fue su purificación más subida, tocante a su vocación y a su identidad, como sacerdote y como religioso. Las mortificantes dudas que entonces traía con él respecto de su paso a la Cartuja –buscando en ella las austeridades que le faltaban en el Carmen–, constituían, según un sentir común de los biógrafos, una verdadera prueba de su llamada como consagrado. Dios premiaría su fidelidad

virtud y nombre el Sacerdote pronuncia las palabras de aquella estupenda maravilla. Con esta y otras consideraciones semejantes se encogía el bendito fray Juan, disponiéndose para el grado y dignidad que rehusaba y temía, con el mismo temerle y rehusarlo. Mandaron los Prelados le recibiese, y resistiera sin duda si le fuera posible: pero ya que esto no lo era, hizo lo que pudo y le era lícito, que fue rogar a Dios con mucha instancia no lo permitiese, y a los Prelados con humildad profunda no se lo mandasen. No le valió alguna de estas diligencias, y así se hubo de rendir a la obediencia de los Prelados, que es sola la que en tal caso obliga y asegura a un siervo de Dios, para que admita semejante dignidad. Fió de la voluntad divina, y como en esta acción no mezcló la escoria de la propia, ni otro algún bajo respeto que suele entremeterse, salió bien, y suplió el Señor la insuficiencia con su gracia, dándole tal abundancia de sus dones divinos, que vino a ser nuestro Sacerdote (cuanto es dado a la baja-za humana) un digno Ministro de tan soberano sacrificio».

⁴⁶ JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 53 (I, 7, 2).

por medio del encuentro con santa Teresa y sus planes de reforma⁴⁷. Por otra parte, estas inquietudes ante lo tremendo del misterio eucarístico y la idea de su indignidad tocaban lo más sensible de su fibra sacerdotal. Entonces el santo, apoyado en la obediencia, demostró a Dios ese «amor consumado, perfectivo y fuerte»⁴⁸ que luego reclamará para las almas esforzadas⁴⁹. En aquella sequedad abrasante mantuvo inconcusa su constancia y en la disposición de entrega total recibió de Dios, como un vergel en el desierto, la gracia singular de una caridad definitiva.

Perfectamente pueden aplicarse aquí las enseñanzas del p. Alfonso Torres, eximio sanjuanista, cuando les decía a las carmelitas del Cerro de los Ángeles:

«...cuanto más desierto, más frondosidad; cuanto más desierto, más flores; cuanto más desierto, más frutos; cuanto más desierto, más compañía, por la sencilla razón de que el alma que pone su morada en el desierto *es un alma que Dios llena*, y alma que Dios llena es un alma que tiene virtudes, y Dios se le comunica de una manera o de otra, pero *se le comunica de lleno*, y esto porque —podemos recordar aquí las palabras de santa Teresa— “Dios se da del todo al alma que se le da del todo”. Cuando el alma se da del todo a Dios, todo se llena, todo florece, todo alienta, todo es paraíso. Por eso, el alma que sube del desierto sube rebotando delicias. Ese hambre que se levanta algunas veces en nuestro corazón de sentir, de saborear, de gustar algo

⁴⁷ Cf. EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 197; RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 166; M.-EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Juan de la Cruz...*, 68-71.

⁴⁸ CB 39, 15 [*Obras*, 936].

⁴⁹ Cf. *Llama de amor viva*, canción II, 27 (2Ll 27) [*Obras*, 1018-1019].

de Dios, la podemos satisfacer siempre que nos parezca con meternos en el desierto, ya que, a la corta o a la larga, *en el desierto se encuentra Dios*. San Juan de la Cruz es una prueba: pasó por un desierto, me parece que bastante abrasado –lean sus obras y lo podrán ver–; pero *se metió del todo, y Dios se le dio también del todo*. Y es uno de los santos a quienes Dios se ha comunicado con delicias más inefables»⁵⁰.

En el haber de ese darse-del-todo del santo se encuentran aquellas vigili­as, exigencias y actos de las virtudes teo­logales de que habló el p. Jerónimo, con los cuales se dispo­nía a la celebración eucarística. Es, como se ve, una disposi­ción y un darse muy a la mano de cualquiera. Para él era un resultado de eso que dice Edith Stein: su «*ardiente deseo de ser totalmente puro*». Y esto «le fue contado como justicia» (cf. Rom 4, 3):

«Bien se le lucieron las diligencias, y preparación pa­ra su Misa, pues le hizo nuestro Señor en ella una de las más raras y señaladas mercedes que él recibió de su divina mano en el discurso de su vida, que fue *reducirle a la inocencia bautismal, y sencillez de un niño*; y juntamente *confirmarlo en gracia*, para que de allí adelante *no le ofen­diese jamás gravemente*»⁵¹.

⁵⁰ *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I.*, VII, 47-48.

⁵¹ JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 53 (I, 7, 2). Allí mismo conti­núa, aclarando que «el modo como esto alcanzó del Señor, fue muy propio de su devoción y fervor», que es decir que fue por vía de trabajos, la elegida y recomendada siempre por el santo.

Conocemos la realidad de esta «merced superlativa»⁵² gracias a la hermana Ana María de Jesús, religiosa de la Encarnación de Ávila. Dice el p. Rodríguez que esta monja «tenía una confianza especial con fray Juan y ella, con su buen arte, se aprovechaba para sacarle algunas noticias que de otro modo no habría revelado nunca a nadie»⁵³. Todos los biógrafos recurren a su declaración jurada de 1616 para fundar la historicidad de este hecho admirable⁵⁴. Aquí copio al p. Rodríguez, que lo salpica de su propia pluma sin deslucir el valor testimonial:

«Un buen día está esperando [Ana María de Jesús] para confesarse con fray Juan; mientras le llega la vez se abisma en oración. Y, como dice, “le manifestó Nuestro Señor la gran santidad del santo padre fray Juan, y reveló que cuando dijo la Primera Misa le había restituido la inocencia y puesto en el estado de un niño inocente de dos años, sin doblez ni malicia, confirmandole en gracia como a los apóstoles para que no pecase ni le ofendiese

⁵² EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 208.

⁵³ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 255. Sabido es lo que este mismo autor refiere, trayendo varios testimonios, respecto del modo que tenía el santo «de contar sus cosas, tratando de ocultar o disimular lo que pudiera redundar en alabanza suya» (102).

⁵⁴ Era este religiosa «secretaria y muy estimada de N. M. Sta. Teresa» (ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 60. Allí mismo pone este autor el testimonio de la hermana Ana María de Jesús). El relato lo juró en el contexto de las Informaciones para el proceso de san Juan de la Cruz en Ávila y puede encontrarse en *Biblioteca mística carmelitana* (BMC), vol. 14, Burgos, 299-300. También se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid (*Ms 19407*, fol. 150). Entre los más destacados, hacen alusión a este testimonio JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 55-56 (I, 7, 4); CRISÓGONO, «Vida...», 88; EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 207-208; y RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 255-256, de donde lo extracto.

jamás gravemente”. Pasa después al confesionario y, con su arte femenina, le aborda pidiéndole “le dijese una cosa que le quería preguntar y que no se la había de ocultar”. Fray Juan se lo promete. Entonces ella le preguntó “qué era lo que había suplicado a Nuestro Señor en la Primera Misa, y el santo le dijo suplicar a Nuestro Señor le concediese *que no cometiese pecado mortal alguno con que le ofendiese, y que le hiciese padecer en esta vida la penitencia de todos los pecados que, como hombre flaco pudiera cometer, si Su Divina Majestad no lo tuviera de su mano*”. Todavía quiere saber algo más y le pregunta: “Si creía habérselo Dios concedido, como se lo había suplicado”. Fray Juan le dice: “*Lo creía como creía que era cristiano y tenía por cierto se lo había Dios de cumplir*”. Ana María se queda ya sin preguntas y es el confesor quien dice, con una cierta ironía: “¿No tiene vuestra reverencia más que saber?”. Nada más, por ahora».

Otros dos testigos recurren a menudo para confirmar este testimonio: el padre fray José de Velasco, confesor de la hermana Ana María de Jesús; y la Madre Beatriz de San Miguel, priora en Granada⁵⁵. Ambos lo tienen por cierto, con la certeza que les brinda la convicción del santo.

No pecar y padecer. Este es el doble deseo de Juan de la Cruz al subir por primera vez al altar. Se dice que suplicaba a Dios desde joven se lo concediera: «que le preservase de ofenderle, y no de penas y trabajos que merecía si, dejándole

⁵⁵ Cf., entre otros; ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 61; JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 59-60 (I, 7, 7); CRISÓGONO, «Vida...», 88; EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 208-209.

su Majestad de su mano, le ofendiera»⁵⁶. Y Dios, que le había acrisolado ese deseo con la dilatación de la prueba, se lo colmaba entonces, en ese primer contacto físico y ministerial con Él. «Estar limpio de pecado y sentir el dolor» –dice Edith Stein. Solamente así la victoria sobre el mal moral es total. Así triunfó sobre el pecado Jesucristo, en la Cruz y en la Misa. Y ese triunfo concedía al nuevo sacerdote: «¿no es esto *el auténtico ser-uno* con el Cordero sin mancha, que cargó sobre sí el pecado del mundo, no es el Getsemaní y el Gólgota?»⁵⁷.

Hay pues, como una *doble confirmación: en la gracia y en el padecimiento*. Es una corroboración en pureza que se hace redentora junto al sacrificio de Cristo, vivido en el misterio de la celebración sacramental. En relación con Jesús, el sufrimiento del santo siempre es reclamado por él como «mercedo» por todos los pecados que hubiese cometido si no fuese auxiliado por la gracia obtenida por la Pasión del Señor. Es, por lo tanto, una confirmación en gracia que *depende de la unión* (de ese «*ser-uno*» a que refiere Edith Stein), y que nos pone en conocimiento del altísimo estado al que había llegado ya san Juan de la Cruz. Él mismo refiere a estas alturas y sus consecuencias místicas cuando declara el verso del *Cántico* que dice:

«Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado» (estr. 22);
con el cual refiere al matrimonio espiritual. Dice allí:

⁵⁶ ALONSO, *Vida, virtudes y milagros...*, 63.

⁵⁷ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 64.

«Para declarar el orden de estas canciones más distintamente y dar a entender el que ordinariamente lleva el alma hasta llegar a este estado de matrimonio espiritual, que es el más alto de que ahora, mediante el favor divino, habemos de hablar, es de notar: que, antes que el alma aquí llegue, primero se ejercita en los trabajos y amarguras de la mortificación y en la meditación de las cosas espirituales que al principio dijo el alma desde la primera canción hasta aquella que dice: *Mil gracias derramando*. Y después entra en la vía contemplativa, en que pasa por las vías y estrechos de amor que en el suceso de las canciones ha ido contando, hasta la que dice: *Apártalos, Amado*, en que se hizo el desposorio espiritual. Y demás de esto, va por la vía unitiva, en que recibe muchas y grandes comunicaciones y visitas y dones y joyas del Esposo, bien así como desposada, se va enterando y perfeccionando en el amor de él, como ha cantado desde la dicha canción donde se hizo el dicho desposorio, que dice: *Apártalos, Amado*, hasta ésta de ahora, que comienza: *Entrado se ha la esposa*, donde restaba ya hacerse el matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios.

El cual es *mucho más sin comparación que el desposorio espiritual*, porque es *una transformación total en el Amado*, en que *se entregan ambas las partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor*, en que *está el alma hecha divina y Dios por participación*, cuanto se puede en esta vida. Y así, *pienso que este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia*, porque *se confirma la fe de ambas partes, confirmandose aquí la de Dios en el alma*. De donde *éste es el más alto estado a que en esta vida se pueda llegar*.

Porque, así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne como dice la Divina Escritura (Gn 2, 24), así también, *consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor*, según dice san Pablo trayendo esta misma comparación (1Cor 6, 17), diciendo: *El que se junta al Señor, un espíritu se hace con él*. Bien así como cuando la luz de la estrella o de la candela se junta y une con la del sol, que ya el que luce ni es la estrella ni la candela, sino el sol, teniendo en sí difundidas las otras luces.

Y de este estado habla en el presente verso el Esposo, diciendo: *Entrado se ha la esposa*, es a saber, de todo lo temporal y de todo lo natural, y de todas las afecciones y modos y maneras espirituales, *dejadas aparte y olvidadas todas las tentaciones, turbaciones, penas, solicitud y cuidado, transformada en este alto abrazo*⁵⁸.

Con estos párrafos a la vista, comenta el p. Garrigou-Lagrange que la tal confirmación «se trata de una *especie de impecabilidad* semejante a la de los bienaventurados, mediante un *gran aumento de la caridad* que cada vez nos aleja más del pecado [...] se completa por una *especial protección* de Dios, que aleja las ocasiones de pecar y da fortaleza cuando ésta es necesaria, de suerte que *el alma queda, para en adelante, preservada de pecado mortal*, y aun casi siempre de venial deliberado»⁵⁹.

⁵⁸ CB 22, 3 [Obras, 834-835].

⁵⁹ GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, t. II, Palabra, Madrid 1985⁴, 1119-1120. Sigue el a. en este punto a los Salmanticens (Cf. *De gratia*, q. 110, disp. III, dub. XI, n. 259).

La distinción que luego establece este autor, entre las enseñanzas de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, sobre la certeza de este favor, bien puede explicarse a partir de la revelación recibida por el santo, que forma parte fundamental del dársele-Dios-del-todo [«... porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama»⁶⁰]⁶¹.

Poco tiempo antes, de hecho, habían enseñado los padres de Trento que «sin especial revelación, no se puede saber quiénes son los que Dios tiene escogidos para sí»⁶². El santo estaba cierto de que Dios le había de colmar su deseo de pureza, porque estaba cierto de habérselo Él prometido mientras celebraba la Misa –durante la consagración según Edith Stein– cuando escuchó aquello: «*Yo te concedo cuanto me pides*»⁶³. De allí la inquebrantable seguridad con que lo

⁶⁰ CB 23, 1 [*Obras*, 839].

⁶¹ El texto teresiano referido es *Moradas del Castillo interior*, VII, c. 2, 11-12 (*Obras completas*, 442-443): «...en metiendo el Señor a el alma en esta morada suya, que es el centro de la misma alma, así como dicen que el cielo empíreo –adonde está Nuestro Señor– no se mueve como los demás, así parece no hay los movimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele haber en las potencias y imaginación, de manera que la perjudiquen ni la quiten su paz. Parece que quiero decir que, llegando el alma a hacerla Dios esta merced, está segura de su salvación y de tornar a caer. No digo tal; y en cuantas partes tratarse de esta manera, que parece está el alma en seguridad se entienda mientras la divina Majestad la tuvieren así de su mano y ella no le ofendiere».

⁶² «nisi ex speciali revelatione, sciri non potest, quos Deus sibi elegerit» (Sesión VI, del 13 de enero de 1547, cap. XII. En *El sacrosanto y ecuménico Concilio...*, 60; DS § 1540; 375).

⁶³ Cf. *Ciencia de la Cruz*, 64. Más detalles da uno de sus biógrafos: «Pareciole a nuestro sacerdote buena ocasión la presente, y estando ya en el Altar celebrando el santo sacrificio, *después de haber consagrado*, viendo en sus manos al Dios y Señor, que le podía llenar y colmar sus deseos, embestido de una soberana luz que le inflamó en ardor divino, avivó la fe, y esforzando la con-

creía, «como creía que era cristiano». No se sigue de esto que la confirmación consista en esa «especial revelación», sino que ha de entenderse siempre como un efecto propio de la unión de voluntades entre el alma y Dios, y por tanto no afuera de la senda ordinaria de la perfección. Insiste en esto el beato Eugenio del Niño Jesús:

«...se trata de una realidad y no solamente de una visión simbólica o de una experiencia mística. Para convencernos firmemente de ello es necesario desprenderla de esa niebla en la que nosotros colocamos respetuosamente todo lo que está más allá del orden normal y de las posibilidades del cristiano medio y que, al envolverlas de misterio, las despoja de una existencia real y concreta. La unión transformante es *un hecho que nos muestra entre los santos la*

fianza, humilde y fervoroso le dijo: “Señor ¿qué me podéis negar, pues os me dais a vos mismo, pues lo que os pido es lo que queréis que os pida, pues lo podéis dar, y sé muy bien que deseáis dármele, y *es muy propio vuestro el enriquecer súbitamente al pobre?* En vuestras manos esta lo que yo os ruego, y vos en las mías: ¿qué me negaréis? Ea, Señor, haced como quien sois, pues como a tal os pido: no como quién soy, que así ni me atreviera yo, ni vos me oyéades. ¡Oh Dios mío, y toda mi esperanza! No me apartaré de aquí, ni os dejaré hasta que me concedáis que yo jamás os deje, ni eternamente me aparte de vos”. Esto exhalaba aquel ardiente Serafin, no con ruido de palabras exteriores, sino con el silencio de una inmensa preñez, y clamor afectuoso del alma, cuando herido de un rayo de luz clara y sutil, que esclareció su entendimiento, oyó envuelta en ella esta voz: “Hete concedido lo que me pides”. Quedó el dichosísimo Padre lleno de gozo, lleno de humildad, y de reconocimiento a tan grande beneficio, *sintió en su alma una renovación, y purificación de toda ella, con la cual quedó convertido en otro hombre, formado de la mano de Dios, rodeado de su amparo, y asegurado en la prerrogativa de su gracia*» (JERÓNIMO, *Historia del Venerable Padre...*, 53-54 [I, 7, 2]).

*realización viviente de todas las virtualidades de la vida divina en nuestras almas. Sólo esto, pero todo esto*⁶⁴.

Y luego añade, mostrando el carácter aun *viator* de esta realidad definitiva en el alma:

«Aun siendo estable y permanente, la unión transformante se presenta, con todo, *en estados diferentes y susceptibles de progreso*»⁶⁵.

Todo ese progreso se da a Juan de la Cruz, particularmente, en relación íntima con la realidad eucarística, tanto en su preparación como en su realización y desarrollo. Es decir que su vida de perfección creció indisolublemente atada a su historia de relación con la Sagrada Eucaristía: «... el crecimiento en la ciencia de la cruz, la misteriosa y progresiva transformación en el Crucificado aconteció, principalmente, en el servicio del altar»⁶⁶.

⁶⁴ MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios*, Editorial de espiritualidad, Madrid 2002, 1131.

⁶⁵ Respecto de ese progreso al interno de la unión transformante dice el mismo a.: «¿No se hace, en ocasiones, del matrimonio espiritual, al comentar ciertos símbolos sanjuanistas, un asilo de paz absoluta e inalterable, que se extiende desde las profundidades del ser hasta sus límites más exteriores, una estancia paradisíaca que no tiene nada de humana ni de terrestre? La verdad es muy otra, y es necesario proclamarla para disipar las ilusiones y afirmar que la gracia no destruye la naturaleza. Al santo, Dios le impondrá trabajos y sufrimientos. Puede permitir en él la turbación. Más todavía, el Santo puede llevar la causa en sí mismo, al menos durante cierto tiempo» (*Id.*, 1103).

⁶⁶ STEIN, E., *Ciencia de la Cruz*, 64. Constatando, añade muy sugestivamente a continuación: «En la palabra, la imagen y la celebración litúrgica, el mensaje de la cruz llama al corazón de todo hombre que vive en el ambiente cultural cristiano, particularmente de manera incisiva en el corazón del sacerdote. Sin embargo, no todos están capacitados y dispuestos a aceptarlo de manera conveniente y a responder como Juan de la Cruz» (65).

III

LA HISTORIA EUCARÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Juan de la Cruz vivió desde muy pequeño los misterios con una gran sensibilidad y realismo⁶⁷, como con «cierta connaturalidad»⁶⁸. Los de la Trinidad y la Encarnación eran los que más especialmente le llamaban a la consideración y afecto. En la celebración del misterio eucarístico encontró, también muy tempranamente, el «*ambiente*» *propio* para la contemplación y la unión con el Dios Trino y Humanado.

Con casi diez años, en Medina del Campo, acudía al Colegio de la Doctrina, llevado por las hermanas de la Magdalena. Cuenta su hermano Francisco que a la hora de encontrar allí un oficio «suyo», los probó todos pero «a ninguno de ellos asentó, aunque era muy amigo de trabajar». Entonces le enviaban «para que siguiese la Iglesia y ayudase la Misa», y entonces se destacaba por el empeño y la habilidad en tratar lo sacro⁶⁹. Las monjas, que atestiguan luego haberlo visto de tras las rejas, lo describen sirviendo «mesurado como un hombrecito y rebosando piedad en todos sus ademanes»⁷⁰.

Más allá de estos testimonios, nos falta noticia sobre su primera Comunión, por ejemplo, y sobre sus años juveniles.

⁶⁷ Cf. E. STEIN, *Ciencia de la Cruz*, 48-49.

⁶⁸ M.-EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Juan de la Cruz...*, 320.

⁶⁹ Cit. en EFRÉN-STEGGINK, *Tiempo y vida...*, 70-71.

⁷⁰ *Íd.*, 71.

Con buen tino, supone Edith Stein que ayudaría a Misa «sin duda, también en la Orden antes de su ordenación sacerdotal». Era lo propio. Fueron esos los días de su vida iluminativa, o de adelantado, y creo que puede aplicarse entonces lo que dice Garrigou-Lagrange sobre las comuniones en este estado de la vida espiritual del alma:

«...S. Pío X, al invitar a los fieles a la comunión frecuente, invocaba este principio: “La Sagrada Mesa es símbolo, raíz y principio de la unidad católica”.

A la luz de este principio, hemos de meditar, antes de la comunión, en los obstáculos que podemos oponer a esta unión de la caridad con Cristo y sus miembros. Hemos de pedirle luz para comprenderlos bien, y *generosidad para hacerlos desaparecer*, y si fuéramos negligentes en luchar contra ellos, *quiera el Señor apartarlos Él mismo, aunque tengamos mucho que sufrir*. El cristiano que comulga con tan sinceras disposiciones, recibe indudablemente gran aumento de caridad, que le unirá más íntimamente a Cristo y a las almas en Él»⁷¹.

Los deseos del santo antes de su Misa corroboran esta descripción en su ánimo generoso de sufrir aun por los pecados no cometidos, como víctima. Y se entiende mejor en este contexto la manera tan crucificadamente absorta que tenía de celebrar a diario. Porque si bien es cierto que el «tema» eucarístico no está muy directamente tratado en sus escritos, también lo es –y más quizás– que al leer los hechos de su vida nos lo encontramos como encuadre constante, de tal modo que los testigos parecen recordarle prácticamente

⁷¹ *Las tres edades...*, 826.

siempre en relación con la celebración de la Misa y con el foco en el sagrario y el altar: «El Santísimo Sacramento fue centro de su vida» –dice un autor– «en las celebraciones litúrgicas y en las efusiones personales»⁷².

Así, uno de sus biógrafos insinúa lo que pudo haber pasado por su corazón al salir de la cárcel de Toledo y llegar a refugiarse en el Convento de las monjas carmelitas de esa ciudad, donde pudo ver el tabernáculo y la Presencia sacra por primera vez en tiempos:

«Conociendo a fray Juan y *su espíritu eucarístico* y que no había vuelto a poner un pie en la iglesia durante los nueve meses de su cautiverio, nos podemos imaginar lo que para él supuso aquel acercamiento al altar»⁷³.

Entendiendo en otras almas esa misma hambre de Eucaristía, y el valor purificador de su ansia tal como le tocó vivirla en la cárcel toledana, se servía del misterio y de su administración para enardecer y purgar –ténganse aquí en cuenta las diversas costumbres cristianas y religiosas de la época–. De esa manera lo hizo, por ejemplo, con la hermana Catalina de San Alberto, y con la Madre Ana de Jesús, religiosa y priora respectivamente en el Convento carmelita de Beas de Segura, a las que negó en ocasiones la comunión con el fin confeso de limarles el alma en ciertos gustos todavía sensibles⁷⁴. Y hasta a la Madre Teresa de Jesús favorecía con esa particular prueba, como ella misma cuenta al narrar

⁷² RUIZ, FEDERICO, *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid 2006², 187.

⁷³ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz*..., 335.

⁷⁴ Cf. *Íd.*, 366.

la gracia de su matrimonio espiritual⁷⁵. Respecto de esta idea, ilumina luego en una de sus páginas, al señalar cómo

«tienen muchas imperfecciones muchos, que se podrían llamar lujuria espiritual, no porque así lo sea, sino porque procede de cosas espirituales. Porque muchas veces acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin ser en manos de ellos, se levantan y acaecen en la sensualidad movimientos y actos torpes, y a veces aun cuando el espíritu está en mucha oración, o ejercitando los Sacramentos de la Penitencia o Eucaristía»⁷⁶.

Otras veces sabía, en cambio, hacer de la *necesidad eucarística* (esas hambre y sed) un argumento verdadero para la perseverancia, como ocurrió en el caso de fray Jerónimo de la Cruz, súbdito suyo en Baeza, el cual alentaba pensamientos de retirarse en soledad de yermo según el ejemplo de los viejos Padres del desierto. Conocida de Juan de la Cruz en oración la circunstancia, irrumpe en la recreación y llama la atención con un tema:

«...comenzó a hablar de los santos del yermo que podían tratar con Dios sin estorbos de nadie, y siguió exaltando aquel género de vida. Jerónimo se frotaba las manos por

⁷⁵ Santa Teresa misma relata: «...estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz —que me daba el Santísimo Sacramento— para otra hermana. Yo pensé que no era falta de Forma, *sino que me quería mortificar*, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas (no porque no entendía no importaba para dejar de estar el Señor entero, aunque fuese muy pequeño pedacico). Díjome Su Majestad: “No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí”; dándome a entender que no importaba» (*Cuentas de conciencia*, 25ª [Ávila, 18 de noviembre de 1572]. En S. TERESA, *Obras completas*, 464).

⁷⁶ 1N4, 1 [*Obras*, 549-550].

lo que estaba oyendo, pero, de repente, dijo fray Juan: Ese modo de vida “ya no se puede, después de los mandatos de la Iglesia, que obligan a oír Misa”. Con estas últimas palabras se le vino abajo aquella tentación, se quietó y sosegó totalmente»⁷⁷.

En él esa necesidad lo llenaba todo, hasta traspasarlo en deseos de consumación total. Podemos atisbar sus sentimientos en aquellos subidos tercetos con que concluye los versos que comienzan *Que bien se yo la fonte*:

«Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras
porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche»⁷⁸.

«[Composición] de corte autobiográfico insoslayable [...] Autobiográficos más que nada estos versos en las tres últimas estrofas, en las que *canta la sed de Eucaristía que le quemaba*. Dirá sus *misas de deseo* sin pan ni vino, sin altar, sin corporales, sin velas, sin incienso, sin misal, sin gen-

⁷⁷ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 379. El mismo fray Jerónimo es quien lo relata, según consta en BMC, 26, 446; 23, 57.

⁷⁸ *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*, 9-11 [*Obras*, 64].

te... *La misa de su poesía, en la que ha escanciado su alma, transida de hambre y sed de Eucaristía*»⁷⁹.

Son los sucesos los que fundan estas afirmaciones:

«Pues algunas misas de Juan de la Cruz resultaban un poco movidas, como aquella de los años 1580, más o menos, “en que habiendo consumido se quedó absorto con el cáliz en las manos, estando tan enajenado que no se acordaba de acabar la misa”, y se iba para la sacristía. La que llamaban la madre Peñuela dijo: “Llamen los ángeles que acaben esta misa”. Pudo acabar la misa con la ayuda de otro padre “que le fue mostrando a decir todo lo que le faltaba por decir de la misa” [BMC 14, 15-16].

Años más tarde dirá a una de sus dirigidas en Caravaca: “Hija, es tanta la consolación que mi alma recibe, que no oso entrar adonde está muy recogido, porque me parece no puede ya sufrir tanto mi natural y me abstengo algunos días de decir misa, porque temo que me ha de acaecer algo de mucha nota. Ya le digo a este Señor me ensanche mi natural o me saque de esta vida, más que no sea teniendo cargo de almas”»⁸⁰.

Esas subidas ansias se traducían luego en una delicadeza santa ante el *tremendum* de la celebración:

«La Misa de fray Juan era siempre con gran espíritu y reverencia. Y nos cuenta Machuca cómo les daba la comunión: “Cubría con la hijuela todas las formas, y luego una a una las iba sacando de allí para dar la comunión. Y

⁷⁹ RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz*..., 316.

⁸⁰ *Íd.*, 390.

este modo era muy de amor, prudencia y reverencia, porque no sucediese alguna cosa de menos reverencia con el aire, que era forzoso haber en la ventanica y comulgatorio»⁸¹.

La misma dedicación la ponía en los detalles, paramentos y ajuar litúrgicos, con los que indirectamente rendía su tiempo y arte al Santísimo Sacramento: «Era muy amigo del culto divino, y así en las fiestas bajaba a ayudar a componer los altares e iglesia» —recuerda Lucas de San José, fraile suyo en Segovia. Y añade: «En la fiesta del Santísimo Sacramento era muy crecido su amor y devoción, celebrando él en estos días con grande devoción las misas conventuales»⁸². Y más que sus gestos, sabía rendir su voluntad y su mente, por la oración desfondada ante el Cristo presente en el sagrario; tal cual lo refieren algunos testigos, como la hermana Francisca de la Madre de Dios:

«...estando una vez esperando para confesarme, desde la reja del coro me di cuenta de que estaba postrado delante del Santísimo mucho rato. Le estuve observando, y cuando se levantó estaba muy alegre, y le pregunté en el confesionario: de qué se había alegrado tanto, y me respondió: “¿No lo he de estar, habiendo yo adorado y visto a mi Señor?”»⁸³;

y también fray Bernabé, carpintero en el Convento de Segovia:

⁸¹ *Íd.*, 497 (Cf. BMC, 25, 488).

⁸² BMC, 14, 283. Cit en RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 625.

⁸³ BMC, 14, 168. Cit en RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 508.

«Muchas veces le veía este testigo que saliendo de la celda en Segovia se iba a unos riscos y peñascos que tiene la huerta de aquel convento y allí se metía en una cuevecita que allí había del tamaño de un hombre recostado, de donde se ve mucho cielo, río y campos. Aquí unas veces, otras a la ventana de la celda mirando al cielo, otras ante el Santísimo Sacramento, gastaba largas horas de oración [...] y este testigo le ayudaba casi siempre a Misa, en los tres años que vivió en Segovia, la cual decía con gran devoción»⁸⁴.

La absorción ante el altar y la absorción ante el Santísimo eran el signo y la manifestación inconfundible de un alma anclada en el misterio y desprendida de todo lo que no se encontraba en esa esfera de sobrenaturalidad. De un alma que sufría de esa «*sed*» que decía Alfonso Torres, que es la sed de Cristo (Cf. Jn 19, 28), que solamente se sacia en Cristo, subiendo con Él del desierto en que se lo haya, escapado de todo y entregado en todo, como el propio Cristo se encuentra, entregado, hasta el fin del tiempo, entre los muros del sagrario, en presencia abrumadoramente sacra e irresistiblemente atrayente, tan tremenda como fascinante.

⁸⁴ BMC, 14, 294. Cit en RODRÍGUEZ, J. V., *San Juan de la Cruz...*, 624.

IV

TRIUNFADOR EN LA MISA

Queda claro que la pasión eucarística de san Juan de la Cruz enraíza en su devoción por el misterio de Cristo: «Vuelca en la Eucaristía la fe y el amor que siente hacia el misterio de la Encarnación»⁸⁵, con toda esa sensibilidad y realismo con que vivía la vida cristiana. Para él la presencia de Dios, «Humanado en el mundo», era una fuente de divinización inagotable. En esto es deudor de toda la teología de la Iglesia, que ha visto siempre en el anonadamiento del Verbo la elevación del hombre a la dignidad de hijo de Dios⁸⁶. Esta verdad de la divinización del alma a partir del sacrificio de Jesucristo por nosotros es la que anima todo el mensaje sanjuanista y especialmente su núcleo dinámico, que es el paso por las noches, como un requisito para vivir la verdadera vocación de unión y como condición para el desarrollo de la dignidad en que Cristo nos ha puesto con su muerte:

«¿Por qué hay que pasar por estas noches? Porque la esencia del mensaje cristiano es la divinización. Dios nos llama a la deificación, a ser “dioses por participación”.

⁸⁵ RUIZ, F., *Místico y maestro...*, 187.

⁸⁶ Se puede ver al respecto, *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC), n. 460. A las autoridades señaladas en el n. cit. pueden agregarse, entre innúmeras, las de san Agustín («Sermón 13 de Tempore». En *PL*, XXXIX, 1097-1098) y san León Magno («Homilía 6 sobre la Natividad del Señor», n. 4. En *Homilías sobre el año litúrgico*, BAC, Madrid 2014, 61 ss.).

Dos obstáculos hay a esta divinización. El primero, la distancia infinita entre el Creador y la criatura, que supone por parte de esta última una transformación radical. En segundo lugar, el pecado tanto original como personal. En efecto, antes del pecado original, las fuerzas sensitivas estaban sujetas a la razón y ésta a su vez lo estaba a Dios. En esto consistía el estado de santidad y justicia original. El pecado conllevó la pérdida del estado de justicia original y, por consiguiente, *la dislocación de la vida interior del ser humano*: el espíritu dejó de estar sometido a Dios (aversión a Dios), y el apetito sensitivo, desobediente a la razón, se dejó dominar por el deseo de posesión de las cosas creadas (conversión a la criatura; “*concupiscentia*”) [*S. Th.*, I-II, 82, 3]. Las dos noches vienen justamente a *sanar* esta enfermedad del espíritu»⁸⁷.

Es la esperanza de la comunión definitiva y eterna, pues, la que alienta la lucha contra el pecado, primer y esencial enemigo de la divinización del alma. Y por eso es que esa lucha a muerte se lleva a cabo de modo privilegiado y radical en relación con la Misa, porque en la Misa se enardece nuestro deseo con más fundamento y más amplitud que en cualquier otro momento de la vida espiritual y de oración. No hay mayor esperanza que la que se nos brinda en la Misa, con toda la fuerza que le aporta la realidad viviente del Calvario, que traspasa y enciende al alma dispues-

⁸⁷ ECHAVARRÍA, MARTÍN F., «La noche oscura de la fe según san Juan de la Cruz». En *Cristiandad*, 981 (año LXX-abril 2013), 14. Para el planteo inicial, remite el a. a la doctrina del p. J. G. ARINTERO, *Evolución mística*, Ed. San Esteban, Salamanca 1989, 27.

ta («las almas santas se conmueven y humillan al considerar los padecimientos de Cristo» –decía Columba Marmion⁸⁸):

«Cuando me pienso aliviar
de verte en el sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero,
y muero porque no muero»⁸⁹.

Cuando reclamamos se nos alcance ser «triunfadores en la Misa»⁹⁰ es esto lo que pedimos, y no otra cosa: vencer *del todo* el pecado, junto con Cristo y con la obra de Cristo, que es su Pasión y Muerte, perpetuadas en el Altar por nuestras manos. Porque el que triunfa en la Misa es siempre Cristo, y con Cristo «los de Cristo» (Cf. 1Cor 15, 23), que son la Virgen y sus santos, y nosotros en la medida que nos unimos a Cristo, rechazando todo lo que es contrario a Él, porque –como dice dom Marmion– es «una ilusión imaginar que Dios se nos comunicara si no detestáramos el pecado; y esta ilusión es tanto más peligrosa cuanto es más frecuente»⁹¹. Y pienso diga que es frecuente porque podemos conformarnos con vencer la concreción de los pecados, sin acometer el ataque también *contra todos sus efectos*, transformándonos radicalmente, con el espíritu de víctima de un san

⁸⁸ MARMION, COLUMBA, *Jesucristo ideal del monje*, Monasterio «N. S. del Socorro», Güímar 2015, 219.

⁸⁹ *Coplas del alma que pena por ver a Dios*, 5 [Obras, 60].

⁹⁰ Así en la *Oración para la renovación mensual de los votos religiosos* que los miembros del Instituto del Verbo Encarnado rezamos el 25 de cada mes.

⁹¹ *Jesucristo ideal del monje*, 195.

Juan de la Cruz, que no pidió a Dios solamente no pecar, sino padecer toda la pena que le correspondería por lo que hubiera pecado sin la divina asistencia.

Porque, al fin, la victoria de Cristo es plena en nosotros cuando nos resucita a la novedad de su Vida. «Es Dios, y sólo Dios tiene el poder de renovar la inocencia en la criatura; *tal es el triunfo de la sangre de Cristo*»⁹². Y esa novedad es la posibilidad de tener nosotros también, en nuestras manos, un sacrificio que ofrecer, tal como enseña el abad dom Vonier:

«Participar en el gran holocausto de Cristo en la Cruz con la finalidad meramente utilitaria de recoger los beneficios de este sacrificio, es sólo una mitad de la religión cristiana. El cristianismo completo sostiene que *el sacrificio ha sido puesto en nuestras manos para que nosotros también tengamos un sacrificio* y obremos como lo han hecho siempre los hombres que caminaron en presencia de Dios con fe limpia y sencillez de corazón, ofreciendo a Dios un sacrificio de suave aroma»⁹³.

Se sigue que la disposición sacerdotal tenga que ser siempre (e ineludiblemente) sacrificial. No existe un modo diferente de unirse al triunfo de Cristo sobre sus enemigos, por la razón simple de que ese triunfo fue la Cruz. Radica aquí, pienso, la tremenda fuerza que tiene aquella enseñanza del padre Buela (fundada en la de santo Tomás de Aquino) sobre la realidad de la presencia del *Christus passus*, de Cris-

⁹² MARMION, C., *Jesucristo ideal del monje*, 221.

⁹³ VONIER, ANSCAR, *A key to the Doctrine of the Eucharist*, Burns Oates & Washbourne Ltd., Londres 1925, 223.

to en la Eucaristía en estado de padecimiento y cierto hábito de muerte:

«...la expresión *Christus passus* se muestra como una verdadera síntesis teológica, no sólo porque significa que en la Eucaristía se contiene “Cristo que ha padecido”, sino porque se indica que se encuentra actualmente *la totalidad de la pasión de Cristo*, y al mismo tiempo *se excluye el modo cruento*, ya que ahora es imposible que Cristo resucitado padezca. El *Christus passus* expresa que la razón formal del sacrificio de la Misa está en la *mactatio mystica secundum se*, en la inmolación incruenta, en la separación sacramental de la Sangre del Cuerpo donde *se exhibe* inmolado Cristo [...] de tal modo que “lo que la pasión [y muerte] de Cristo hizo en el mundo, lo hace este sacramento en cada fiel” [S. Th. III, 79, 1, c.: “*Et ideo effectum quem passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine*”]»⁹⁴.

Se atisba un poco mejor así, con esta certeza, el porqué de las disposiciones tan radicales de san Juan de la Cruz, y de todos los santos sacerdotes. Se entiende la conciencia en ellos del pecado y de lo que costó a Cristo aplastarlo; conciencia que les llevaba a presentarse (*exhibirse*) ellos también con disposiciones de muerte, no solamente para no pecar, sino *para redimir*, por medio del triunfo sobre todas las consecuencias del pecado, convirtiéndose –al decir de san Juan Crisóstomo– en «leones que espiran llamas y se hacen terri-

⁹⁴ BUELA, CARLOS M., I.V.E., *Pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación*, EDIVI, Segni 2006, 154-157.

bles al mismo diablo»⁹⁵. Se entiende la estricta obligación de ser víctimas con la Víctima del Sacrificio, aun tras muchísimos años de penitencia por los pecados pasados, porque – como enseña santo Tomás de Aquino– «La purificación interior, por la que alguien se duele del pecado cometido [y también de los no cometidos por pura gracia de Dios, podría agregarse], *debe durar hasta el fin de la vida*»⁹⁶. A lo que añade Garrigou-Lagrange, que es quien reporta la cita, una constatación que tanto aterrera cuanto llena de confianza:

«De donde se sigue que la penitencia interior tiene su lugar incluso en los “aprovechantes” y en los “perfectos”. Por lo que san Pablo afirma: “Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional”.

Principalmente debe hacerse hostia el sacerdote cuando Dios le impone una Cruz especial, como la impuso a Jesucristo. Tiene esto lugar principalmente en tiempo de persecución. Dios interviene entonces de un modo particular, consagrando más profundamente a su sacerdote a fin de que sea hostia perfecta.

Bajo el nombre de “cruz” se incluyen otras muchas pruebas, tales como aridez mental, sequedad del corazón, impotencia del espíritu, tentaciones diversas contra la castidad, la paciencia, la fe, la esperanza, la caridad; a veces una desolación del espíritu que lleva hasta la agonía espiritual, como sucede en la noche del espíritu de que habla

⁹⁵ «Homilía 46». En PG, LIX, 261. Cit. en S. Th., III, 79, 6; y en BUELA, C. *Pan de vida eterna...*, 79.

⁹⁶ S. Th., III, 84, 8.

san Juan de la Cruz. No es raro que a estas pruebas acompañen la melancolía, enfermedades corporales y, por parte de la sociedad, el abandono, pérdida de la fama, oposiciones, persecuciones, desprecio y pobreza. Dios quiere o permite estas pruebas por un bien mayor. Así lo entendió el rey David cuando Semei le maldijo, diciendo entonces a sus siervos: “Dejadle que maldiga; el Señor le ha mandado que maldiga a David”. El rey reparaba entonces sus pecados.

Bien llevada, la cruz es una bendición grande de Dios, un signo de predestinación, pues *nos conforma con Cristo profundísimamente*⁹⁷.

Pienso que solamente vivido y trabajado de esta manera el sacerdocio que llena nuestra vida se nos hace un premio anticipado, aun rodeados de tribulaciones, y de penas, que siempre son infinitamente menos de lo que las juzgamos. Es lo que significa Bruce Marshall al terminar su novela *A cada uno un denario*:

«El tren seguía matraqueando por el túnel; pero el abate no reparaba en las estaciones, porque pensaba en los misterios del Señor y en lo mal que los comprendía. Sin embargo, creía empezar a comprender uno, y era por qué todos los jornaleros de la viña habían recibido en pago un denario, tanto los que habían soportado el peso y los calores de la jornada, como los otros. Y era *porque una parte tan grande de trabajo representaba su propia recompensa*, así como una parte tan grande del mundo era su propio cas-

⁹⁷ GARRIGOU-LAGRANGE, R., *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*, RIALP, Madrid 1955, 104-105.

tigo. De pronto, el abate Gaston descubrió que había sido muy feliz como sacerdote»⁹⁸.

* * *

⁹⁸ MARSHALL, B., *A cada uno un denario*, Ed. Nuevo Inicio, Granada 2010, 598.

La Virgen Santa María, de la que dice san Juan de la Cruz que «nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo»⁹⁹; ella que «en cierta manera une y refleja en sí las más grandes exigencias de la fe» y «atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio y hacia el amor del Padre»¹⁰⁰; ella que permaneció «intrépida ante el altar de la cruz»¹⁰¹; nos alcance ser a todos los sacerdotes como Nuestro Señor Jesucristo, y como san Juan de la Cruz con Él, triunfadores en la Cena, y hombres «del templo, del altar, del sacrificio y de la Misa»¹⁰².

⁹⁹ *Subida al Monte Carmelo*, libro III, capítulo 2, 10 [*Obras*, 410].

¹⁰⁰ LG, 65.

¹⁰¹ Prefacio de la Misa XI de la Santísima Virgen: «La Virgen María junto a la cruz del Señor».

¹⁰² BUELA, C., *Sacerdotes para siempre*, 578.

Índice

I. La Primera Misa de san Juan de la Cruz	13
II. La confirmación en gracia	25
III. La <i>historia eucarística</i> de san Juan de la Cruz	37
IV. Triunfador en la Misa	45
Índice	55

Se terminó de realizar esta edición en el
MONASTERIO «CHARLES DE FOUCAULD»,
en La Marsa, TÚNEZ,
el día 22 de octubre de 2020,
memoria de SAN JUAN PABLO II,
padre y patrono de nuestra Familia religiosa.

- *DEO GRATIAS* -

«Maestro en la fe y en la vida teologal, Juan de la Cruz nos ha inculcado la necesidad de ser purificados por el Espíritu del Señor, para desarrollar una acción apostólica incisiva y eficaz. Pues existe una estrecha conexión entre la contemplación y el empeño por la transformación del mundo... La humilde y austera figura de este carmelita irradia con sus escritos, que se revelan ahora mismo de grande actualidad, una grande luz para penetrar en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. Él, que tuvo un sentido particular de la trascendencia divina, oriente nuestra miradas en la hora de la nueva evangelización».

(San Juan Pablo II)

